

**LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**15 de agosto de 2007**  
**Ap 11, 19; 12, 1-6.10; 1 Cor 15, 20-26; Lc 1, 39-56**

La tradición de la Iglesia, estimados hermanos y hermanas, encuentra una alusión a Santa María en el *arca de la alianza de Dios* que el profeta del Apocalipsis vio en *el templo del cielo* en el momento de manifestarse la plenitud de la *alianza* divina sellada en Jesucristo.

María, precisamente, es invocada como *arca de la alianza* porque en su maternidad llevó a Jesús en su seno. Y Jesús es el núcleo de la alianza, del pacto de amistad, del compromiso de Dios con la humanidad; su muerte en cruz, anticipada en la última cena, significó la ratificación de la nueva *alianza* entre Dios y la humanidad.

El profeta vidente nos hablaba, además, de *la mujer que apareció en el cielo*. También aquí la tradición litúrgica y de los Padres de la Iglesia encuentra una alusión a María. Ella es aquella mujer que, insertada en el plan de Dios como Madre del Salvador, llevó en sus entrañas a Aquél que todo el universo no puede contener, y asunta al cielo trasciende la creación. El *sol* que la rodea y la *luna* que le hace de esreado nos indican, todavía, su grandeza y la grandeza de su Hijo. Una grandeza, la de María, que es fruto de su humildad evangélica y de su cooperación en la obra del Espíritu Santo, tal como proclama su canto que acabamos de escuchar en el evangelio.

Sin embargo, la profecía del vidente es dramática. *Un enorme dragón -decía- estaba en frente de la mujer que iba a dar a luz, dispuesto a tragarse el niño en cuanto naciera*. El dragón es Satanás, la personificación del Mal con todo su poder. Y este poder no quería que Dios hiciera un pacto de amistad, que tomara un compromiso de amor y de liberación con la humanidad. El poder del Mal hace la guerra a Jesús y a su mensaje de amor, de paz y de restablecimiento de los seres humanos en la dignidad perdida. El poder del Mal quiere esclavizar a las personas. Sin embargo, el profeta vidente nos anunciaba *el poder, la victoria* y la gloria de Dios y de Jesucristo, su *Mesías*; así como su gobierno sobre el mundo, un gobierno que es llevado a cabo con yugo suave y con benignidad de corazón (cf. Mt 11, 29) con el fin de liberar la humanidad. El antagonismo anunciado por el libro del Génesis entre el hijo de la mujer y la serpiente o *el dragón* (3, 15), llega a su momento decisivo con la resurrección de Jesucristo -cuándo *lo llevaron junto al trono de Dios* tal como decía el texto del Apocalipsis-, y la resurrección tiene como consecuencia el inicio de la derrota del poder del dragón, del poder del Mal.

Damos gracias a Dios por esta alianza liberadora que ha sellado por medio de Jesucristo, el Hijo que la Madre Virgen puso en el mundo. Glorificamos la Santa Trinidad por su victoria radical sobre las fuerzas del Mal. Y bendecimos Santa María - el primer fruto de la nueva alianza, la primera liberada de la esclavitud del pecado- proclamándola bienaventurada por su fe y su maternidad, así como por su participación en la gloria de Cristo una vez asunta al cielo.

La visión del profeta del Apocalipsis, sin embargo, no se agota en la contemplación de María en la gloria de Cristo, *vestida de sol, la luna por depestyal*. María es imagen de la Iglesia, el Pueblo de Dios que con el anuncio de la Palabra y con la vida sacramental hace presente a Cristo en el mundo.

También la vida de la comunidad cristiana, pues, entra en la visión profética que hemos escuchado. Y su mensaje de esperanza también vale para nosotros. Todavía

en nuestros días vemos cómo actúa el poder del Mal, que incluye todas las fuerzas opuestas al anuncio del mensaje de Jesús, tanto los poderes malignos de naturaleza espiritual como aquellos que son fruto de la maldad humana o de intereses económicos inconfesables. Vemos cómo el Mal actúa por medio de los poderes que manipulan el nombre de Dios para justificar lo que es injustificable, por medio de los que no quieren la liberación integral de las personas porque va bien a sus proyectos de dominio, por medio de los que están interesados en mantener amplias zonas de la población en el subdesarrollo, o que sacan provecho de los conflictos bélicos o del terrorismo. El poder del Mal hace, todavía, que muy a menudo los intereses de la economía mundial no se encaucen hacia la solución de los problemas del hambre, de las enfermedades infecciosas que siembran mortandad, de la pobreza en los países faltos de desarrollo. El Mal actúa, también, en los que persiguen a los discípulos de Jesús, y en aquellos que quieren hacer creer que el mensaje liberador del Evangelio anunciado por la Iglesia -por tantos hombres y mujeres de fe que trabajan y se comprometen por la causa de Jesús y de la persona humana- es falso, es opresor, es una tergiversación de la enseñanza de Jesús. A pesar de la victoria de Pascua que lo ha vencido de una manera radical pero todavía no plena, el dragón continúa su lucha contra el Hijo de María que la Iglesia pone constantemente en el mundo. Y lo hará hasta que Jesucristo vuelva para establecer definitivamente su Reino de verdad, de paz, de amor y de gozo pleno.

Por eso, la visión del Apocalipsis nos invita a vivir con esperanza, a trabajar y a luchar con las armas del amor para que se vaya abriendo paso al Reino de Dios, al señorío de Jesucristo, hecho de servicio y de donación, sobre el mundo. El Mal, *el dragón*, no tienen la palabra definitiva, no ganarán al final de la historia; *el dragón*, el padre de la mentira, perderá todo poder y todo dominio; todas las fuerzas del Mal serán vencidas.

En una sociedad como la nuestra, desencantada por tantas cosas y desconcertada -según muchos analistas- ante el presente y el futuro, en una sociedad donde la angustia y la tristeza anida en tantos corazones y en tantas miradas y las lágrimas inundan tantos ojos, tenemos que ser testigos de esperanza, del triunfo definitivo y pleno del amor crucificado de Dios. La contemplación, hoy, de Santa María, victoriosa del pecado y del Mal por su unión de corazón a su Hijo Jesucristo, nos estimula. Y nos asegura su solicitud maternal de intercesión y de ayuda fraterna. A fin de que, también nosotros, que trabajamos y sufrimos para poner a Cristo en el mundo, podamos llegar por obra del Espíritu a ser como ella, y con ella participes de la victoria pascual del Cristo para gloria de Dios Padre.

La realidad que vivimos en la eucaristía nos hace participar anticipadamente de esta victoria pascual del Señor y nos da fuerzas para el combate de cada día a favor del bien, de la verdad, del amor fraterno, de la comunión eclesial.